

Carta de René a su hermano Roberto

Conmovedora carta de René González a su hermano Roberto, quien está gravemente enfermo de cáncer. René González, el mismo día que escribió la misiva, presentó a través de su abogado una moción para visitar a su hermano, ingresado en un hospital de La Habana. La posibilidad de que él pueda viajar fuera del territorio estadounidense, está incluida en las condiciones que rigen su libertad supervisada. La jueza aún no se ha pronunciado al respecto

24 de febrero de 2012

Mi Brother de toda la vida:

Nunca pensé tener que escribirte esta carta. Compartimos el mismo desapego por el intercambio epistolar, cosa de sobra demostrada durante nuestras respectivas misiones internacionalistas o —más conclusivamente— en la experiencia única de los últimos veinte años. En otras palabras, solo condiciones extraordinarias como las actuales me harían escribirla.

Si las condiciones fueran ordinarias estas cosas debería de estártelas diciendo personalmente, y muchas ni siquiera te las tendría que decir. Debería de ser suficiente para ti con esa lucha a brazo partido contra una enfermedad que busca devorarte, pero ha de añadirse a ella el enfrentamiento a una dolencia humana mucho más letal: el odio.

El odio que no me permite retribuirte todos tus esfuerzos con ese merecido abrazo que quisiéramos darte los Cinco.

El odio que no me deja unir mi risa a cada una de las ocurrencias que brotan de tu inmenso coraje.

El odio que me obliga a adivinar por la fuerza de tu aliento, a través del teléfono, el accidental desplazamiento de las líneas del frente en esta batalla que libras.

El odio que me impone la angustia de no poder acompañar en tu cuidado a todos los que te quieren; y que me impide estar ahí para apoyar a Sary y a los muchachos.

El odio que me niega el presenciar como se crecen nuestros sobrinos, que se han hecho hombres y mujeres en estos años. ¡Qué orgullo-



Roberto, Irma Sehwert Mileham, madre de ambos y René González Sehwert.

so te puedes sentir de tus hijos!

El odio que no me permite simplemente abrazar a mi hermano. Que me obliga a seguir desde un absurdo y distante enclaustramiento un proceso del que debería ser parte, como cualquier otra persona que ha cumplido una sentencia de encarcelamiento, de por sí suficientemente larga, dictada precisamente por el odio; pero aun para él insuficiente.

¿Qué hacer ante tanto odio? Supongo que lo que hemos hecho siempre:

Amar la vida y luchar por ella, tanto la nuestra como la de los demás. Enfrentar todos los obstáculos con una sonrisa en los labios, con la broma oportuna, con ese optimismo que nos inculcaron desde la infancia. Echar palante, guapear, no rendirnos nunca; siempre juntos y bien cerca, por más que se empeñen en separarme de mis afectos para castigarnos con ello a todos.

Hoy me vienen a la mente aquellos hermo-

so días de tus tiempos de atleta. Tú en la piscina y nosotros en las gradas, gritando tu nombre mientras tú braceabas, y el sonido de nuestras voces que te llegaba intermitente cada vez que asomabas la cabeza para respirar. Luego nos contabas como a veces escuchabas tu nombre entero, a veces el principio y a veces el final. Entonces nos entrenamos para esperar a que sacaras la cabeza del agua y en ese preciso momento todos, al unísono, gritábamos tu nombre. No podías vernos, pero el clamor de nuestra presencia llegaba a ti y sabías que estábamos contigo aunque no pudiéramos intervenir directamente en la lidia que se desarrollaba en la piscina.

Hoy la historia se repite. Mientras te enfrentas con todas tus fuerzas a este reto te sigo animando, ahora sumado a la familia que entonces no habías construido. Aunque no puedes verme sabes que estoy ahí, junto a los tuyos que son los míos. Sabes que este hermano, desde su insólito destierro, desde la angustia de la separación forzada, en las condiciones de libertad supervisada más absurdas, desde la dignidad de su condición de patriota cubano como lo eres tú y desde el cariño sembrado por la sangre y las vivencias que nos unen; está y estará siempre contigo. Cada vez que asomes la cabeza podrás sentir mi clamor junto al de mis sobrinos.

¡¡Respira Brother, respira!!

Te quiere tu hermano.

René

Razones de un tornerito “a gusto”

DILBERT REYES RODRÍGUEZ

BAYAMO.—La conversación con Edilberto Marisí Rodríguez fue casi por casualidad, muy rápida; pero singular por directa, llana y aleccionadora.

A sus 21 años —los dos últimos como adiestrado en la Empresa de Logística Agropecuaria 26 de Julio, de Granma— todavía no era autor de alguna hazaña innovadora, ni acumulaba méritos por superproducción; pero la franqueza con la cual confesó sentirse enamorado de su oficio, la seguridad al definir sus preferencias, y la invitación al trabajo que le hiciera a los contemporáneos suyos, le dio un valor significativo al “intercambio”.

Este diario lo encontró pegado al torno, dándole terminación a cada una de las anillas para bueyes que desbordaban un gran envase metálico.

Hasta parecía aburrida la repetición de la

misma maniobra, pero al inquirirle si lo consideraba así, respondió categórico antes de terminarle la pregunta: “no”, y enseguida soltó los argumentos que en un minuto comprimieron casi una historia de vida.

“Me encanta lo que hago porque es mi especialidad, y desde chiquito me enamoré de la mecánica viendo a mi papá trabajar. Aunque él no es tornero, sino electricista, siempre hacía algo de mecánica, arreglando carros en la casa o en el trabajo, y yo siempre estaba cerca mirando, y luego ayudando.

“Por eso nadie me obligó a estudiar en la Escuela Técnica General Luis Ángel Milanés, de Bayamo. Allí empecé Mecánica Agrícola, pero no me gustó y pasé para la Industrial. Al graduarme vine para la 26 de Julio y hace más de dos años estoy aquí, haciendo cosas como estas; pero nunca me aburrí, porque esto es lo mío, ¿entiende?”

“Además, no es lo único que hago. Estoy en tornería la mayor parte del tiempo, pero puedo hacer otras funciones y rotar por varias posiciones del taller: molino, pailearía, mantenimiento... De todas maneras, aunque parece aburrido y simple, hacer anillas es muy importante para la agricultura.

“Mire, lo voy a decir sin pena: soy del campo y trabajar la tierra no me agradó; pero fabricando insumos para la agricultura, aunque sea en un taller a la sombra, también me siento útil a la sociedad”.

Tras un respiro para una segunda pregunta, después de la andanada de buenos argumentos que más bien parecieron regañones por provocarlo; el muchacho declaró como su última gran alegría el que lo hicieran plaza fija en su trabajo, y luego respondió con un mensaje singular dirigido a los



FOTO DEL AUTOR

jóvenes, sobre la importancia de los oficios... o por lo menos del suyo.

“Es muy importante que aprendan un oficio, y aunque todos son interesantes y útiles, si pueden, escojan la mecánica. Después traten de superarse, para que sean buenos de verdad. El trabajo siempre es la mejor vía para ser una persona exitosa”.